

España de 1702 a 1729; Amsterdam, 1755; Amberes, 1761; Madrid, 1772, 1791; Madrid, 1813-1824, 1852, 1859, 1867-1868, 1870, 1874, 1876; París, 1881; Valencia, 1882; Barcelona, 1885; París, 1890; Madrid, 1894, 1912, 1919, 1923, 1930, 1932, 1941; Barcelona, 1944; Buenos Aires, 1944; Madrid, 1945, 1946; Buenos Aires, 1946; Barcelona, 1951, 1956; Madrid, 1958; Barcelona, 1960. Además, ediciones sin fecha de París y Barcelona.

Como traducciones se recogen la hecha al polaco por el jesuita Marcin Smiglecki, quien se ocultaba bajo el pseudónimo de Ianusz Iberski z Andáluzey (Juan Iberia de Andalucía), Varsovia, 1633, con reimpresión en 1645; la hecha al italiano por Pietro Martire Grossi, Mantua, 1701; la también al italiano de Michel Fere, Venecia, 1709, que en realidad es la misma versión de Grossi; la inglesa, impresa por James Roberts en Londres, 1715, pero cuyo traductor se desconoce; otra inglesa, en Londres, 1720; y una sin fecha, al italiano, hecha por Giovanni Antonio Brunatti, que se editó en Trento.

El libro está complementado por un *Índice onomástico* (págs. 595-604) y por la reproducción fotográfica de algunas páginas de los manuscritos de Quevedo: carta al Duque de Osuna, acotación marginal al autógrafo de la Virtud militante, el Anacreón castellano y varias hojas del ms. Heredia-Spínola.

CARLOS VALDERRAMA ANDRADE.

Instituto Caro y Cuervo.

WARREN T. MCCREADY, *Bibliografía temática de estudios sobre el teatro español antiguo*, Toronto, University of Toronto Press, 1966, xix+445 págs.

Para los estudiosos de la literatura española, la aparición del libro que aquí reseñamos puede considerarse uno de los sucesos más felices acaecidos últimamente en el terreno bibliográfico. Una literatura como la nuestra, donde tanto queda por hacer tocante a instrumentos de trabajo, no puede sino recibir con calor la tarea que este profesor ha venido realizando durante años. Porque esto es lo que aquí nos ofrece McCready: un instrumento con el cual trabajar, no meramente un catálogo de lo que el hispanismo ha realizado en el último siglo. Lo que se ha hecho, aunque mucho y bueno, ofrece, en el fondo, muy poco interés comparado con lo que queda por hacer, y ésta es la más provechosa lección que extrae quien, con ánimo investigador y no coleccionista, profusamente consulte el libro que tenemos en las manos.

Son más de cuatro mil cédulas —muchas más, en realidad, teniendo en cuenta las reseñas y las papeletas desdobladas— las que

pone en fila el profesor McCready, muchas con un resumen del contenido. Estas cédulas son de tres clases, a saber: de artículos de revistas (nunca de diarios, aunque a veces se hace alguna excepción), de libros y de ediciones de comedias. Las cédulas de libros brindan el gran interés de venir acompañadas de las reseñas que se les hicieron (un día habrá que hacer una bibliografía exclusiva para reseñas, que son bien latosas de encontrar a veces); en cuanto a las ediciones de comedias, se recogen sólo las que merecieron reseñarse, cuya referencia por supuesto también se da. Por lo demás, esta bibliografía recoge la de todas las obras, dramáticas y no dramáticas, de los escritores considerados primariamente como dramaturgos, pero sólo la de obras de teatro de quienes cultivaron principalmente otros géneros, aunque no se deja de incluir cualquier papeleta que tenga relación alguna con el teatro.

McCready ha dividido su libro en varias secciones. La primera la constituye la introducción, donde se nos ofrece un bosquejo histórico y crítico de la bibliografía hecha sobre el teatro español, lo que pone de manifiesto la necesidad que de ésta se tenía; se nos explican los límites de la obra, que comprende desde los orígenes del teatro español hasta mediados del XVIII, aunque la bibliografía crítica abarca sólo lo hecho desde 1850 hasta 1950; se resume la organización dada a tan complejo material; se insertan las fuentes de que el bibliógrafo ha sacado sus papeletas, que son, entre otras, índices de revistas, revistas, bibliografías generales y de dramaturgos individuales; y concluye, en fin, con algunos apuntes misceláneos y una nota de agradecimiento.

De aquí pasamos a la segunda sección, que es el índice de revistas en que se halla la mayor parte del material acaparado. McCready ha tenido la preocupación de ir, siempre que le ha sido posible, a la revista misma, sin fiarse de referencias de segunda mano. A este efecto, ha debido trabajar en más de una treintena de bibliotecas en Europa y América; este afán ha hecho posible que el índice de revistas incluya cerca de mil, de las que se nos dan su lugar de publicación, muchas veces el año en que comenzaron a publicarse y casi siempre una biblioteca donde pueden verse; este índice, de por sí, habrá de consultarse en lo futuro. El bibliógrafo, mediante unos signos convencionales, nos dice si él ha consultado todos los números, no ha consultado la revista en absoluto o la ha consultado parcialmente.

Con ello entramos en la tercera parte de su trabajo, que es la *pièce de resistance* y que él divide en dos grandes apartados: el período formativo de nuestro teatro, que va desde los orígenes hasta Juan de la Cueva, y el período aurosecular, que desde Lope se alarga hasta José de Cañizares. Por lo demás, nuestro bibliógrafo escinde cada una de estas dos secciones en otras dos, una general para temas — una de las aportaciones más valiosas de su trabajo —, para obras anónimas y para libros de índole general sobre el teatro; y otra para dramaturgos individuales, a quienes el que consulte este libro puede acercarse, bien por temas,

bien por títulos de obras individuales, bien por libros sobre el autor en cuestión. Aunque, como en casi toda bibliografía, la organización resulta al principio un tanto compleja, el consultante pronto encuentra recursos para hallar lo que busca, merced, sobre todo, a las muchas contrarreferencias que McCready inserta.

A estas cuatro divisiones de su trabajo, el autor agrega otra para adiciones y correcciones — por fortuna muy breve — y, finalmente, un índice onomástico de los autores críticos.

¿Hasta qué punto es completa la obra del profesor McCready? No podríamos contestar esta pregunta con íntegra certeza porque para ello se requerirían investigaciones extensas de las fuentes manejadas, y sobre todo de las no manejadas por él. Prudente sería pensar, sin embargo, que en un trabajo que comprende lo hecho sobre nuestro teatro en ciento y un años desde todas las partes del globo, algo ha de faltar; el propio McCready así nos lo avisa. Con esta sospecha, hemos realizado en principio unas doscientas consultas a base de nuestro modesto fichero y en ningún caso hemos encontrado una sola omisión; a través, además, de centenares de consultas en el libro — lo hemos venido usando más de seis meses antes de redactar esta reseña — no hemos encontrado jamás error o laguna evidentes. Nuestras sospechas se han confirmado, con todo, en las páginas dedicadas a Cervantes ¹. Forzoso es añadir que, a pesar de ello, pocas partes del libro de McCready son tan útiles como ésta, pues pronto se echa de ver lo que queda por hacer sobre el teatro de nuestro primer escritor, aun cuando es verdad que después de 1950 han salido algunas publicaciones muy dignas de tenerse en cuenta.

A obra que abraza prácticamente todo nuestro teatro, no faltará, por supuesto, quien encuentre defectos, probablemente desde el punto de vista de la organización de la obra. Pero esto sería una cuestión bizantina; pues cualquier otra organización también levantaría objeciones. Lo cierto es que aquí tenemos ahora un trabajo vasto, serio, hecho con probidad, completo hasta donde es posible y de accesible consulta. Por ello hay que recibirlo con gozo y con esperanza; con

¹ Por la ayuda que pueda prestar — a los estudios de Cervantes y no desde luego a la *Bibliografía*, que poco la necesita —, y sin el más leve deseo de señalar omisiones, apuntaremos algunas ausencias que notamos: FELIPE PÉREZ CAPO, *El Quijote en el teatro*, Barcelona, Milla, 1947; F. LÓPEZ ESTRADA, *Una posible fuente de un fragmento de La casa de los celos de Cervantes*, en *Homenaje a Cervantes, Cuadernos de Insula*, I (1947), págs. 201-205; M. GARCÍA BLANCO, *Cervantes y La cueva de Salamanca*, *ib.*, págs. 195-200; A. COTARELO Y VALLEDOR, *Obras perdidas de Cervantes que no se han perdido*, en *Boletín de la Real Academia Española*, t. XXVII (1948); FRANCISCO M. ZERTUCHE, *El retablo de las maravillas*, en *Armas y Letras*, V (julio de 1948); J. RIBEIRO, *Cervantes e o teatro*, en *Dyonisos*, t. I (1949). Hemos citado casi siempre de segunda mano.

gozo, porque posa, en nuestro regazo, y en cuestión de minutos, ese montón de papeletas sobre un autor o un tema que de otro modo tardaríamos días o semanas, quizá meses, en reunir; con esperanza, porque en el futuro se hará mucho más llevadera la tarea de acercarse a nuestro teatro.

Esta bibliografía de McCready, en suma, viene a cumplir las normas que hace poco dictaba un gran bibliógrafo (Homero Serís) en el *Homenaje* a otro gran bibliógrafo (Rodríguez - Moñino) sobre lo que debe ser "la nueva bibliografía": un manejo directo de las fuentes junto con un riguroso método y una técnica moderna.

RAFAEL OSUNA.

Middlebury College.

MARGOT ARCE DE VÁZQUEZ, *La obra literaria de José De Diego*, San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1967.

Al llegar a mis manos este bello libro de la Profesora Margot Arce, he recordado (por un proceso "de cerebración inconsciente" como diría, con deliciosa pedantería, el gran Darío) una anécdota, repleta de emoción, de mi estancia en Puerto Rico. Era el 16 de abril, día dedicado oficialmente en la Isla al recuerdo de la figura de José De Diego. Al pasear por la Plaza de Armas del Viejo San Juan me llamó la atención un pequeño carrito de venta de golosinas, empujado lentamente por un viejo negro. En él, rodeado de varias desteñidas banderas puertorriqueñas, un retrato, recortado sabe Dios de qué vieja revista, de De Diego y debajo una inscripción, torpemente garabateada, "Honor a De Diego, defensor de la Patria".

Creo que me ha venido a la memoria en esta ocasión aquella emotiva e ingenua stampa porque en el libro de Margot Arce existe (con la mutación de lo ingenuo en lo reflexivo, de lo popular en lo intelectual) el mismo valor de devoción, de identificación, de simpatía, en su sentido etimológico, con la persona y la obra de José De Diego que se daba también, conmovedoramente, en el viejo negro de la Plaza de Armas de San Juan. Y es que Margot Arce, intelectual de primera fila en la Isla (y en el resto de los países hispánicos), profesora, educadora, escritora, mujer de pensamiento y, al mismo tiempo, de acción, se siente vibrar en los estrofas y en los párrafos oratorios de De Diego lo mismo que una inmensa minoría (¿o mayoría?) del pueblo, de hoy y de ayer, de Puerto Rico. Es, sin duda, esta identificación (o mejor, esta 'compasión' en sentido unamuniano) con la figura que estudia, aliada con la exigencia metodológica, con la sensibilidad estilística y